

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO:

Las obras de misericordia.—Barry.—Una buena accion.—El arte de la costura.—Modas, Violeta á Luisa.—La Muñeca.—Moral, Amor filial.—El nido.—La mariposa.—El niño que no sabe leer.—El niño que no quiere aprender á leer.—Cuando vuelva tu papá.—El niño hablador.—El niño que no es hablador.—El niño obediente.—El niño desobediente.—Oracion para todos los dias.—El premio.—Máximas.—Enigma.—Explicacion del figurin iluminado.—Geroglífico.—Advertencia.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

DOS PALABRAS Á LOS PEQUEÑOS LECTORES.

¿Conoceis la Caridad, niños amados?

Sí; sin duda alguna. Habeis más de una vez dado vuestro pan al desvalido; habeis con frecuencia hecho merced de vuestro óbolo al indigente; habeis, sin duda, dado vuestros vestidos, ya inútiles, al infeliz niño que á vuestra puerta ha llegado, desnudo, en demanda de abrigo que cubriera sus carnes, que pudiera dar á sus miembros el calor perdido.

Habeis hecho esto, y conoceis la Caridad.

¿Quién, si no ella, ha movido vuestro brazo para alargar el sustento al desgraciado hambriento?

¿Quién, si no ella, ha hecho nacer en vuestros corazones el deseo de aliviar la desgracia?

Sólo la Caridad, niños amados; sólo ella, que es fuente abundante de infinitos bienes.

La Caridad, pues, es la que se

manifiesta por las buenas acciones; es la que ocasiona esos grandes hechos que se llaman por todos *Obras de misericordia*.

Ahora bien; vosotros habeis más de una vez estudiado el Catecismo, y más de una vez tambien recitado los nombres de esas grandes acciones, de esas laudables obras; y tal vez vuestra infantil imaginacion se haya fijado en ellas, sin considerar su inmensa importancia.

Importancia inmensa, digo, niños muy amados, y aseguro mi palabra: las obras de Caridad son las mayores de todas las obras.

Y pues algunos ejemplos he de ponerlos en que podais considerar esas acciones, y en ellos habeis de ver en imágen lo que más de una vez habeis dicho de palabra, dejo de hablaros sobre lo que son y lo que valen, ya que con abundancia han de hacéroslo ver los pobres cuentecillos que mi pluma ha de procurar relataros.

Ved, pues, en ellos enseñanza que debeis recibir y acciones que debeis practicar, y sean el bien y el amor del prójimo los que puedan

Abril, 1873.—Núm. 5.

hacer que repitais las nobles acciones, las meritorias obras que en los siguientes cuentecillos, en las sucesivas narraciones, habeis de ver realizadas.

Y empiezo, que ya la primera entre las *Obras de misericordia* debe encontrar aquí lugar preferente.

I.

Visitar á los enfermos.

Hace poco vivia en mi mismo pueblo, niños muy amados, una familia por todos amada y respetada. Don Fernando Gonzalez, su esposa doña María, su hijo Arturo: éstos eran los seres que, constituyéndola, venian á ser en ella dichosos, como pueden serlo aquellos que sólo del bien hacen el principio de su existencia.

Arturito era el encanto de sus padres, orgullo de su madre, que le amaba con amor entrañable. Arturito era un niño que poseía en su alma sentimientos tan bellos como apreciables.

La buena familia que os presento solia pasear todas las tardes por las afueras de la poblacion, y eran estos paseos el encanto del buen niño, que corria y saltaba por el campo á su placer.

Una tarde, en que como de ordinario paseaban, Arturito habia llegado, corriendo tras de una pelota que rodaba, á la puerta de una pobre choza, en la que se oian lastimeros quejidos.

El buen corazon del niño no le

permitió retirarse de allí: álguien sufria en la choza, y él debía, si era posible, aliviar el mal del que sufria.

¿Qué hacer?

Sus padres estaban algo léjos, y por lo tanto, para obtener su permiso era menester retardar algun tanto la entrada en la cabaña: ante esto, el niño se resolvió y entró solo, encontrándose ante una mujer que sollozaba amargamente. A su lado, un hermoso niño de cuatro ó cinco años, yacia sobre un monton de seca hierba.

—¿Qué tiene V.?

Así dijo Arturo al ver á la mujer anegada en lágrimas, guiado sólo de su corazon, que parecia anhelar conocer el mal para socorrerlo prontamente.

Y el buen niño no comprendia que él era tan pequeño, que su poder era tan corto, que nada, ó casi nada, podia hacer por sí mismo, si sus padres no le ayudaban á hacerlo.

Pero esta idea vino bien pronto á su imaginacion, y por esto corrió, saliendo de la cabaña, al encuentro de sus amados padres.

Éstos venian en su busca, y entraron en la choza, complaciendo de este modo á su querido hijo. En ella pudieron saber lo que allí pasaba, y conocer el estado de los seres que ante su vista se encontraban.

Pobres mendigos, no tenian más hogar que aquella choza, ni más cama que aquellas hierbas para el infeliz niño que enfermo se encontraba.

Y carecian de auxilio, y la madre no podia procurárselo; pues para ello hubiera tenido necesidad de abandonar al hijo de sus entrañas.

Su posicion, pues, no podia ser más angustiosa: sólo de Dios podia venirles el socorro que les era tan necesario.

Y les llegó, sí; Dios guió á Arturo que, como ángel de consuelo, se apareció á aquellos desgraciados. Arturo suplicó á sus padres socorriesen la desgracia de aquellos desventurados, y ellos, que no necesitaban para ello de la súplica de su hijo, dejaron á éste en absoluta libertad para obrar como su corazon le dictase: ellos harian por los desvalidos cuanto su hijo quisiera.

Segun el parecer de Arturo, don Fernando entregó á la desconsolada madre una moneda de oro; y despues de haberla consolado, todos partieron para el pueblo, con objeto de enviarla una cómoda cama en que el pobre niño pudiera encontrar abrigo y descanso, y un facultativo que llevára con su ciencia alivio á la enfermedad que padecia.

Con la mayor premura fué esto cumplido por doña María, la buena madre de Arturito, que envió á la cabaña á uno de sus criados con objeto de que, permaneciendo allí, pudiera procurar á aquellos desgraciados cuanto les fuera necesario.

La desgracia estaba en parte remediada; los desvalidos de la cho-

za quedaban socorridos. Despues de esto, Arturo descansó; su alma gozaba con el acto de caridad que habia ejercido.

Pero no estaba aún terminada su obra: restaba aún cuidar diariamente de conocer el estado del pequeño enfermito. Esto fué fielmente llevado á cabo por Arturo, que por muchas tardes consecutivas dirigió sus paseos á la choza de los mendigos.

Y apénas la divisaba, cuando á ella se dirigia corriendo, y en ella entraba con direccion recta á la cama del enfermo. Este pagaba con una sonrisa los cuidados del niño, sonrisa de ángel, que sin duda tenía un eco en el cielo.

Ni una sola tarde dejó el buen niño de visitar al enfermo, pues sus padres se complacian en el goce que á su hijo producía la práctica de aquella obra de misericordia, y quedaban gustosísimos de ello, queriendo así asegurar en su alma la idea del bien.

Y llegó una tarde en que el niño esperó á su protector á la puerta de la cabaña, ya que restablecido ó convaleciente, pudo aspirar libremente el aire de los campos; y aquella tarde Arturo corrió, como siempre, hácia la choza, y tuvo placer inmenso viendo á su protegido que le esperaba. Pero no fué esto todo; el niño habia deseado pagar de algun modo los favores recibidos, y habia formado un bello ramo de lirios de bellos colores, blanco y morado. Y ofreció el ramo á Arturito, que tuvo goce

inmenso al ver cómo el niño se mostraba agradecido.

Pero aún no era esto solo: el lirio era la flor predilecta del caritativo niño, y parecía que el infantil mendigo había adivinado la predilección que á aquella flor Arturo tenía.

¿Sería esto así?

¿Habría el enfermito podido comprender el amor que á los lirios profesaba Arturito?

No, queridos niños; pero Dios, que podía comprenderlo, había sin duda tocado el corazón del pequeño enfermito, pagando así con premio tan tierno como sencillo, la obra meritoria que el héroe de este cuento había llevado á cabo.

Un ramo de lirio fué el pago de ella; el infeliz mendigo no podía hacer presente más rico. Arturo ha conservado desde entónces el grato recuerdo del agradecimiento de su protegido; y desde entónces no pasa un domingo sin que deje de visitar á algun enfermo.

Si le conocieseis, y por qué hace tal cosa pudierais preguntarle, os respondería lo que hace poco á mí me dijo cuando análoga pregunta hube de hacerle.

—El ramo de lirios de mi protegido fué, sin duda, un aviso del cielo: en él se me decía que cumpliera el sagrado deber de visitar á los enfermos. No extrañéis, pues, que yo dé cumplimiento á la orden que de Dios recibí.

Estas palabras que oí de labios de tan buen niño, son las mejores para terminar este cuento, que ha

tenido por asunto el cumplimiento de la primera entre las obras de misericordia.

E. THUILLIER.

BARRY.

Parece tocar al cielo con sus nevadas crestas el gigantesco y magnífico monte de San Bernardo. Cuando el sol se oculta tras sus cortadas peñas, la quebrada superficie de la montaña simula un inmenso mar de nácar con sus espumosas y rizadas olas, pero todo sin movimiento, sin animación, sin vida.

En la falda de esta parte de los Alpes se hallan algunas casitas que sirven de descanso al afortunado viajero que acude á contemplar las maravillas de la naturaleza, á la vez que de dispensa á los religiosos que habitan el escondido y majestuoso convento cuya fundación es debida á la vocación del santo hombre cuyo nombre lleva la montaña.

Hace algunos años, que una de estas viviendas, la más próxima á la subida del San Bernardo, estaba habitada por una familia compuesta de tres seres: un honrado y feliz matrimonio y un niño de seis años llamado Fritz, hijo único de la amante pareja.

A pesar de sus pocos años, Fritz se arriesgaba á subir por la nevada senda, bien que á escondidas de sus padres, que miraban en aquel

niño el símbolo de su felicidad.
¿Sabeis á qué iba Fritz á aquella
cuesta?

Yo os lo diré, queridos niños.

*
* *

Las madres, apénas el hijo de
sus entrañas puede comprender lo

de el recuerdo de la madre que los
inspiró.

La de Fritz era muy buena, y le
enseñó á amar á los perros que en-
tre la nieve del inmediato monte
vagaban olfateando, para salvar
de la muerte á los desgraciados
que se extraviaban, víctimas casi
siempre de la nieve y del frío.



que su tierno corazón les dicta,
procuran con un anhelo incansa-
ble sembrar en el de su hijo senti-
mientos caritativos y sana doctri-
na, que son un consuelo para el
niño cuando llega á hombre; doc-
trina y sentimientos que nunca se
olvidan como jamás olvidarse pue-

Fritz iba á la cuesta vecina á lle-
varles en su tacita la mitad de la
leche que su madre le daba todas
las tardes.

¡Si vierais qué conjunto tan be-
llo formaban el rubio y pequeño
Fritz acariciando á un hermoso
perro, negro como la noche, que

despues de apurar la leche, lamia las manitas á su generoso amigo.

*
**

Si no fuera por estos inteligentes animales, ¡cuánta víctima haria en sus profundas neveras el San Bernardo!

Los religiosos que habitan el convento tienen muchos perros de éstos, que les llaman con tristes gemidos cuando el frio impide, á los que por entre la nieve caminan, mover sus miembros, faltos del benéfico calor, que tratan de devolverles con su aliento los ya acostumbrados perros.

Entre todos, uno habia cuyo nombre era ya universalmente conocido, el que jugaba con Fritz, el inteligente *Barry*, salvador de más de cuarenta personas (1), héroe que más tarde llevó colgada de su cuello una medalla de honor por sus acciones, dignas del hombre más filántropo y caritativo.

Una tarde del mes de Octubre, recios aludes trasportaba el viento que, á la ventura, llegaron á ocultar la senda que desde la falda serpeaba en una gran extension del monte, hasta llegar al convento. Densos nubarrones se detuvieron sobre los picos más elevados, desprendiéndose en niveos copos; la naturaleza, muda, infundia temor y admiracion hácia su misteriosa existencia; de vez en cuando, el

(1) *Viaje á Suiza*, por M. Javier Marmier.

estrepitoso chasquido de las desprendidas avalanchas turbaba el silencio.

Una inmensa mole de nieve se desplomó cerca de la casita de Fritz.

Su madre le estaba dando su taza de leche.

Barry, el fiel y valeroso Barry, descendió por entre la nieve y se acercó á la casa, arañó la puerta, y Fritz, cuya madre estaba en una habitacion interior, arrastró un banco á la puerta, subiéndose en él y abrió. El perro entró agitando alegremente la cola y púsose á jugar con el niño, que tuvo buen cuidado de guardar á Barry la mitad de la leche.

No habia acabado de relamer la taza, cuando se lanza á la puerta.

Un ¡ay! desgarrador se habia oido á lo léjos.

El noble animal corre, salta por entre la nieve, se aleja, desaparece.

*
**

Fritz, en pos de él, sale en su seguimiento, sube por la senda y la nieve guarda sus diminutas huellas; se escurre, vacila, cae, pero al punto se levanta y sigue subiéndose.

El alud habia borrado la estrecha vereda; Fritz duda, pero avanza, de pronto le falta apoyo, húndese un pié y tras él sigue su cuerpecito.

—¡Barry! grita aterrorizado.....
¡Madre!....

La nieve le cubre..... Fritz desaparece.

*
* *

Aquel grito de angustia, no lejos de la casa, sorprende á la madre, que llama á su hijo y no obtiene contestacion; sale, busca sus huellas, pero la nieve que cae las ha borrado. La cuesta ha desapare-

Barry llega jadeante al sitio de donde se escapó aquel ¡ay! que le hizo abandonar á su amigo Fritz, cuando ya otros dos perros estaban escarbando la nieve, entre la que se veía el rostro amoratado de un infeliz viajero.

Detiénese un momento. Acaba de oír otro grito, pero éste conocido: le llamaba su querido Fritz.



cido bajo una montaña de nieve.....

Todo lo comprende la pobre madre; oscurécese su vista y sólo tiene fuerzas para exhalar un gemido.

—¡Hijo de mi alma! exclama cayendo sobre la nieve, perdido el conocimiento.

Y en tanto no cesaba de nevar.

* * *

Vuelve atrás; ya cerca de la casa aspira el aire y empieza á gemir; da vueltas, alza su hermosa cabeza, y al fin descubre el sitio en que yace su amigo. Escarba acompañando su tarea de tristes gemidos, esconde su cabeza entre la nieve y á poco la saca unida á un brazo rígido; tira, se esfuerza, la nieve da paso al cuerpo inanima-

do del niño; Barry le saca de la hondonada, gime, le calienta, le lame.....

El niño abre los ojos.

El perro lanza un grito de alegría.

Fritz puede arrodillarse, luego, ayudado por su salvador, se pone en pié, móntase en el bondadoso animal y éste le lleva hasta su casa, empuja la puerta, entran.

Fritz llama á su madre.

Barry vuelve á salir.

La nieve iba cubriendo los vestidos de la desdichada madre.

Parecia un cadáver envuelto en un sudario.

Barry repite con ella lo que habia hecho con el hijo, ase con los dientes el vestido y tira; la madre de Fritz suspira, se incorpora, llega á sus oídos la voz de su hijo que la llama, y arrastrándose, tiritando, llega, ayudada del perro, á la puerta de su vivienda, cuando el marido, ausente hasta entónces, aparece á lo léjos, ve á su esposa y corre en su auxilio.

Barry gruñe y va de la madre al hijo, les calienta, les reanima y ayuda al esposo que mete en la casa á su pobre mujer.

Un minuto despues otro alud se estrellaba en los muros de la casa.

Fritz y su madre descansaban en el lecho.

Barry habia cumplido su misión, y contento el pobre animal, se alejó perdiéndose entre las inmensas peñas cubiertas de nieve.

Un cuarto de hora despues se hallaba un religioso junto al lecho en que yacian la madre y el hijo.

Barry le habia traído.

* * *

Los viajeros que dos años despues descansaban en la casita más próxima á la cuesta del San Bernardo, veían enternecidos la dulcísima escena que representaban un niño de rubias melenas y un hermoso perro, negro como el azabache, jugueteando como si fuesen dos semejantes.

El perro ya ostentaba pendiente de su cuello una medalla de honor.

Una hermosa montañesa decia á los allí presentes:

—Hoy hace dos años que ese perro nos salvó de la muerte á mi hijo y á mí; á ese diablillo rubio, que en poco estuvo le costase caro su amor á Barry.

Y su esposo, que estaba fumando recostado en el dintel de la puerta, añadió, quitando la pipa de sus labios:

—¡Buena noche me hicisteis pasar! Gracias al padre Paulo y á Barry vivis.

Los viajeros acariciaron al niño y al perro que siguieron jugueteando.

¡Qué lección para muchos hombres!

PEDRO J. SOLAS.



UNA BUENA ACCION.

Vivia en la más bella ciudad del Norte de España una familia noble y opulenta, compuesta del señor Ramirez, su esposa y dos hijos, de los cuales el menor, llamado Antonio, tendria en la época á que nos referimos, como unos seis á siete años de edad.

Era Antonio un hermoso niño, aplicado en la escuela y notable por su carácter franco y amable, y por su natural despejo y soltura; pero unia á estas cualidades el ser tan revoltoso y turbulento, que se llevaba siempre tras sí á todos los demas niños de las calles vecinas, convirtiendo en un bullicioso tránsito el sitio más retirado de la ciu-

dad, que era el barrio donde habitaban sus padres.

La madre de Antonio no podia quejarse de que su hijo la desobedeciese, pues era de una índole sumamente complaciente y dócil; pero no era pequeño motivo para merecer reprensiones el destrozo incomparable de sus vestidos, de su calzado y de cuantos juguetes pudieran llegar á sus manos.

Queriendo la madre corregir aquel defecto de su niño, le castigó obligándole á gastar siempre un calzado más ordinario que el de su hermano; sus vestidos se escogian siempre de los más fuertes, sin reparar en que fuesen feos, y en

cuanto á los juguetes, cansada ya de verlos desaparecer de las manos apenas se los compraba, se propuso no volverle á dar ninguno mientras no hubiera motivos para considerarle ménos derrotador y algo más económico.

A pesar de ser Antonio un niño, á quien tanto gustaban las cosas buenas, no aparentó el menor sentimiento al verse privado de buenos trajes, ni manifestó la menor envidia por verse mirado mucho peor que su hermano; pero lo que le llegó á lo más sensible del corazón, lo que le hizo prorumpir en un llanto inconsolable, fué la orden de que no le darian más juguetes: así que cuando cansado de llorar salió á jugar con sus numerosos amigos, se le vió caminar triste y pensativo, como si su alegría y su turbulencia fuesen sólo inspiradas por los pájaros de madera, los coches y soldados de plomo, y toda la infinidad de enredos de que hasta entónces habia tenido siempre no pequeña colección.

Dos días iban ya pasados de tristeza y desconsuelo para el pobre niño, cuando un acontecimiento extraordinario vino de repente á devolver á Antonio su buen humor.

Un tío del niño, hermano de madre, llegó de Madrid, donde acostumbraba á pasar todos los inviernos.

Entre los numerosos sacos de noche, maletas y sombrereras, los criados bajaron al fin una cuadrada caja, donde se fijaron desde

luego todos los sentidos y las esperanzas de Antonio. En efecto, en aquella caja venía una multitud de juguetes.

Es imposible expresar toda la alegría y el entusiasmo del poco antes afligido niño: aquella caja habia sido para él un precioso talisman que le habia vuelto de repente toda su turbulencia y todo su buen humor, y cuando en gracia de la venida de su tío se le perdonó todo, cuando oyó de boca de su misma madre que iba á tomar posesion de aquel ejército de caballos, mamelucos, cosacos, carros, pájaros, duendes, trompetas, etc., etc., hubo de volverse loco.

Aquella misma tarde salió Antonio de su casa más orgulloso que un conquistador ceñido de laureles.

Rodeado de una multitud de chicos gritando y riendo en derredor suyo, empinándose los más pequeños sobre las puntas de los piés para ver mejor lo que Antonio llevaba, se veía á éste levantando todo cuanto podia su mano derecha para enseñar á todos un hermoso caballo blanco adornado de tiros azules.

Cuando volvió el niño á casa cansado de jugar y pidiendo acostarse, nadie de la casa se hizo cargo de que Antonio venía ya sin el caballo.

Al día siguiente, cuando el niño se presentó en la sala donde se hallaba su familia, todos á porfía le preguntaron por su caballo blanco, pero el niño no respondió, sólo

se le vió mudar de color y bajar los ojos.

En vano procuraron ver el estado probablemente deplorable en que tendria Antonio su juguete, pues ni en su cuarto ni en parte alguna de la casa pudieron encontrarle, asegurando los criados que ya la tarde ántes habia vuelto á casa sin él.

—¿Lo has roto? ¿Te lo han robado? le preguntaban. El niño repetia la misma señal negativa.

La madre entónces le reprendió con acritud, y agarrándole de un brazo le encerró en un cuarto, donde estuvo sin almorzar ni comer hasta las cinco de la tarde, en que su tío le sacó de la prision.

—Le habrá roto, decia su padre disculpándole, y habrá arrojado los pedazos para que no los viésemos.

Antonio no respondia, pero sus hermosos ojos negros estaban preñados de lágrimas; al fin el tío le perdonó, le acarició y le mandó tomar otro juguete de la caja, con la condicion expresa de no romperlo.

Luego qué tomó el que mejor le pareció, y aprovechándose de la licencia que le dieron de ir á jugar, comió y marchó contento á la calle.

Atravesó como un rayo el camino que habia desde su casa hasta una pequeña plazuela, y allí se juntó con una porcion de niños que le aguardaban, y que al verle empezaron á gritar y á rodearle alabando el bonito coche de madera que llevaba en la mano.

Pero la señora Ramirez habia

tomado empeño en averiguar la extraña conducta de su hijo, pareciéndole increíble lo que pasaba y sospechando alguna travesura de mal carácter.

Así que, tan pronto como Antonio bajó la escalera, mandó su madre un criado para que espiara todos sus movimientos hasta ver el verdadero fin que tenian los juguetes de su hijo.

En efecto, tan pronto como el criado llegó á ver el grupo de los niños que saludaban á Antonio con tanto júbilo, observó á uno de ellos que, lleno de orgullo, enseñaba el mismo caballo blanco que el señorito habia traído la víspera.

El criado se acercó entónces al grupo sin que los entusiasmados niños hiciesen caso de él.

No puedo dar el coche, decia Antonio; hoy estuve preso por haber dado el caballo y no me dieron de comer hasta ahora.

El criado se adelantó entónces y cogió de la blusa al chico que tenía el caballo.

—¡Déjale, déjale! dijo Antonio al criado viendo descubierto su delito, y queriendo salvar á su amigo: ¡déjale, es suyo el caballo, se lo di yo!

El criado no se dejó convencer de los ruegos de Antonio, y tomando á ambos niños de la mano, los condujo á casa de sus amos, y los puso en presencia de los señores Ramirez, escoltados por todos los demas chicos de la vecindad.

—¡Mamá! dijo Antonio, cayendo de rodillas ante su madre y lloran

do con el mayor desconsuelo: toma mi coche y no me des más juguetes, pero no le quites el caballo á éste, porque se lo he dado yo.

—Pero ¡corazon mio! dijo la madre enternecida: ¿por qué no lo dijiste, y te dejaste castigar como si lo hubieras perdido?

—Porque tenía miedo de que si lo decia se lo quitases.

¡Si vieras, mamá! Este niño no tiene papá, ni mamá, ni tios, ni nadie que le compre nada; y estaba tan triste de ver mi caballo blanco, que se lo dí de lástima; porque yo, aunque no tengo caballo, tengo otras cosas, y ropa y zapatos, y no paso hambre como él.

—¡Pobre ángel! ¡Y te hemos encerrado y tenido sin comer!

—Sí, mamá; pero yo me acordaba de lo alegre que estaria este niño con el caballo, y estaba contento tambien.

Los señores Ramirez no sólo dejaron el caballo al niño mendigo, sino que le dieron uno de los vestidos de Antonio, indemnizando á éste de las privaciones que le habia ocasionado una buena accion.

EL ARTE DE LA COSTURA.

Punto de ojal.—El punto de ojal, que es el que se emplea para guarnecer los ojales de las camisas, es uno de los puntos más útiles del arte de la costura y del bordado.

Para ejecuta bien un ojal, se le

corta al hilo del tamaño necesario para que pase el boton, y se sujeta la tela con el dedo pulgar y el índice, formando sobre la abertura una puntada que coja seis ú ocho hilos, pero ántes de sacar la hebra del todo, se da una vuelta con ella por sobre la aguja que está todavía clavada en la tela, y al sacarla resulta un lazo, que bajando hasta la orilla de la tela cortada forma el cordoncillo que sujeta la abertura.

Para el punto de ojal deben hacerse las puntadas al hilo y muy juntas, y luégo que esté ya rodeada con él la abertura por ambos lados, se le sujetará por ambos extremos con una línea de punto por cima, muy unido, que forma una especie de traviesa, y que se llama la presilla del ojal.

Punto de cadeneta.—El punto de cadeneta, aunque propiamente dicho pertenece al arte de bordar, ejecutándose con una aguja de gancho colocada en una manilla de marfil, puede tambien imitarse con la aguja de coser, y de éste vamos á decir algunas palabras.

Para ejecutar el punto de cadeneta se principia por hincar la aguja en la tela, estirando el brazo y sacando toda la hebra á la larga, dejando el principio de ella sobre el dedo pulgar de la mano izquierda; despues se mete la aguja lo más cerca posible del sitio por donde se la acaba de sacar, y se la vuelve á sacar algunos hilos más allá, en medio del lacito que forma el hilo retenido bajo el dedo

pulgar, y teniendo siempre la hebra debajo de dicho dedo se saca violentamente tirándola hácia sí, y sucesivamente las demas. Este punto de cadeneta hecho con lana de color, hace un excelente efecto



Núm. 1.

1

2

5

con lo cual quedará hecha la primera cadeneta, la cual servirá, para que sacando otra vez el hilo por su centro se forme la segunda,

para adornar los trajecitos de niños y las batas de mañana, siendo su ejecucion sumamente divertida.

DE LOS ZURCIDOS.

Hemos visto con frecuencia á muchas niñas poner mal gesto, y hasta negarse á ejecutar *zurcidos*, considerándolos como una labor tan despreciable como enojosa.

El zurcido requiere efectivamente el mayor cuidado y atencion, pero léjos de ser considerado como una labor despreciable, es una de las más necesarias, y hasta de las más bellas, cuando se las ejecuta con esmero.

El zurcido sólo se emplea, cuando la tela, aunque rota á fuerza de uso, conserva el pedazo adherido, pues cuando la tela falta por completo, es casi siempre más fácil colocar en el roto una pieza de la misma tela.

Para ejecutar un zurcido, se tomará hilo ó algodón laso del grueso correspondiente á la tela que se quiere zurcir, formando sobre la parte rota ó desgarrada un cuadro perfecto, para el que se tomarán con la aguja dos hilos, dejando todos dos en hueco, otros dos en la aguja, y así hasta llegar hasta el término que se ha señalado para que cubra bien la rotura, volviéndose entónces de arriba abajo, pero tomando en la aguja los hilos que la primera vez quedaron debajo, de modo que las puntadas queden perfectamente contrapuestas. Si con este primer zurcido no queda bien cubierto el roto, se le cuaja, zurciendo sobre él en direccion opuesta, pero cuidando de que los

hilos queden perfectamente cruzados. A esta operacion se la llama cuajar.

Cuando la rotura cae en un chal de cachemira ó tela de lana ó seda floreada, en la que es imposible hallar un pedazo igual, se emplea un zurcido muy difícil, pero que bien ejecutado, es una maravilla.

Se corta el agujero en forma de cuadro y se ejecuta con sedas de todos los colores de la tela, un zurcido cuajado, con puntadas muy juntas para que se imite en lo posible la tela perdida. Si despues de zurcido y cuajado aún no se considera bastante fuerte, se le volverá á cuajar de través, lo que en vez de perjudicar añade belleza á este verdadero tejido.

MODAS.

VIOLETA Á LUISA.

En mi última carta me lamentaba, querida Luisa, de que nos hallásemos en el rigor del invierno, estacion triste, pero en la que tambien se disfrutaban reuniones como las que te describia en ella, y sobre todo bailes como el que tuvimos en el dia primero de Pascua, y que tan locas de alegría nos puso á todas.

Pues bien; aquel baile tan deseado me fué tan fatal, que desde entónces hasta hace pocos dias estuve enferma, sin duda á causa de



35

32, rue Richelieu, Paris

Ad. Goubaud & Fils Ed^{rs}

LA NINEZ ILUSTRADA

Administracion, Carretas, 12, Madrid



Ayuntamiento de Madrid



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

haberme aligerado de ropa en aquella noche, en que, como te dije, el frío era tan intenso, que nos vimos precisadas á abrigarnos el cuello con nuestras corbatas de cisne y nuestras esclavinas de marta.

Ahora conozco lo bien que me decia mi mamá cuando me recomendaba el abrigo repitiéndome: «Violeta, yo he visto á muchas niñas quedar enfermas para toda la vida por haberse aligerado de ropas en invierno. Baila, hija mia, todo lo que quieras; pero lleva el pecho cubierto, que puede costarte caro el escote.»

Y yo, como antojadiza, me empecé en lucir el vestido blanco de muselina, y aquí me tienes, que he pasado mes y medio muy largo en casa sin poder volver al colegio, pues aún no estoy completamente buena.

La primavera entre tanto, esa primavera que con tanto afán deseaba, se nos ha entrado por las puertas callandito, con sus ramilletes de violetas y jacintos, con sus narcisos y sus francesillas de mil colores.

Las macetas de mis balcones los van convirtiendo en un verdadero jardín, y las anemonas y tulipanes, las orejas de oro y los pensamientos ofrecen un conjunto encantador. También tengo en ellos pequeñísimas margaritas, de esas que en tu país alfombran los campos, y que también se llaman *mayas* y *bellositas*.

Esa florecilla humilde me recuerda las montañas donde el año pa-

sado hemos corrido juntas persiguiendo á las mariposas.

¡Ah! ¡Las mariposas! Esas no han llegado todavía, porque á pesar de las flores, las noches y las mañanas son aún demasiado frías.

Cuando el día se presenta templado, María me lleva á pasear á pié á fin de que recobre las fuerzas, llevando para estos paseos campestres un traje de lana rosa de la llamada sultana, cubierta de rayas microscópicas azules y negras. Sobre este traje de cuerpo alto y liso llevó un abrigo pelerina de paño de damas color habana, guarnecido de agremanes de seda negra, y abrochado con alamares de lo mismo.

Si el día está claro, llevo un sombrero redondo de terciopelo con pluma blanca y lazo punzó; si oscuro, sombrero de fieltro adornado de terciopelo negro, y traje azul marino listado de negro.

Para la Pascua, en que todo el mundo se alegra, me han hecho dos trajecitos de primavera á cual más gracioso. Ambos son de *foulard* de seda, cubierto el uno de grandes listas doradas sobre azul celeste, y adornado de volantitos picados hasta la mitad de la falda, y el otro, fondo blanco sembrado de preciosos claveles rosados con follaje verde isly. Este lleva, en vez de volantes, grandes bieses sujetos con un látigo de raso verde.

La segunda es en ambos picada á grandes ondas, guarnecida en el uno de un látigo de raso verde igual al de los bieses, y en el otro

de dos volantitos picados. El cuerpo es alto, escotado en forma de corazon, dejando ver un fichú for-

van abiertas hasta cerca del codo, donde se coloca un lazo de glasé del color del adorno.



Núm. 2.

1

2

mado de entredoses y tiras de muselina. Como estos trajes son de los llamados *de vestir*, las mangas

Ésta es, Luisa mia, la historia de tu pobre amiga convaleciente, y éstas las novedades de la moda

Madrid, donde te echa tanto de
hénos tu amiga

VIOLETA.

tas; túnica de cachemir blanca
adornada con cintitas de terciopelo,
que siguiendo los picos en que
va cortada por abajo, hace tres



Núm. 3.

1

2

3

Explicacion del grabado núm. 1.

1. Niña de ocho á nueve años.—
Falda de terciopelo marron á lis-

hojas, la última en cada punta;
cinturon de terciopelo negro, y
sombrero de lo mismo con plumas
negras y marron,

2. Vestido de poplin de seda color flor de malva. — Falda con tres volantes á pliegues menudos con cabecilla; el último tiene dos lazadas sujetas por tiras de terciopelo algo más oscuro que el vestido; chaqueta de terciopelo como los bieses, y rizado al rededor de faya del color de la falda; manga entrecorta; aldetas muy largas por detras, más corta por los costados, abierta y cargada sobre la de detras; sombrero de faya color de malva, con lazadas de terciopelo más oscuro y plumas del mismo color.

3. Vestido de tafetan verde mar con tres volantes, el último con cabecilla; rotunda de terciopelo negro, adornada con un encaje de guipure; capucha con lazo de cinta de moaré ancha; sombrero de terciopelo negro, con pluma verde y cintas de moaré negras.

Explicacion del grabado núm. 2.

1. Niña de siete á ocho años; vestido de saten color gris hierro, el bajo de la falda tiene de cuando en cuando un rizado de faya de color más claro, como de unos quince centímetros de largo, puesto de abajo arriba y cubierta la pegadura con un ruló de lo mismo; adorno igual rodea la segunda falda, que está abierta por delante y vueltas las puntas hacia atras; la chaquetilla con aldetas más corta por detras que por delante; el

rizado y el ruló que la guarnecen, sube por el costadillo formando tirantes; mangas un poco estrechas; sombrero de terciopelo gris con pluma encarnada y gris; botitas de tafete.

2. Traje de casa; vestido de pelo de cabra á listas estrechas, blanco y negro; la falda es un poco larga, por el bajo tiene una cinta de terciopelo de tres centímetros de ancho, otra á siete centímetros de distancia formando ondas pequeñas; en la punta de cada una va otra cinta que sujeta la primera; á poca distancia de este adorno, y sobre cada feston, un óvalo de terciopelo; cuerpo alto, talle redondo y cinturón de terciopelo con adornos de acero. Gabancito ancho recto, un poco largo, con manga muy ancha y adornado todo alrededor con un pequeño volante y tres cintas de terciopelo; en la cabeza prendido de encaje blanco y cintas de terciopelo negro.

Explicacion del grabado núm. 3.

1. Niña de siete á ocho años; falda de fulard á listas muy estrechas lila y negro, al borde le adorna un bies de tafetan lila y encima una cinta ó bies de terciopelo negro; á seis centímetros de distancia el mismo adorno; cuerpo alto de fulard, talle redondo, manga entre ancha, cuerpo de terciopelo negro con largas aldetas y sin mangas; escote cuadrado y rodeado todo con un bies de tafetan lila;

zapato de cabritilla negro con lazo alto.

2. Vestido de cachemir color

volante sube por los lados y, formando cuadro por delante, deja espacio para colocar otro más abajo,



Núm. 4.

1

2

3

verde bronce; la falda que forma cola va adornada por un volante de lo mismo con cabecilla; este

cubriendo los extremos el primero y sujeto con cuatro hojas de cinta de terciopelo del mismo color del

vestido; otro igual sostiene cada extremo del primero en ambos lados; túnica corta igual á la falda, abierta por delante y adornada con un volante con cabecilla; detras otros dos volantes forman el pouf; manga ancha con un volante encima formando onda; escote cuadrado; camiseta y mangas de batista y encaje; peinado alto con caída de rizos y un lazo de terciopelo verde en el lado izquierdo.

3. Vestido de cachemir color violeta; en el bajo un volante ancho de cachemir más oscuro y á poca distancia un bias de lo mismo de cinco centímetros de ancho; túnica igual á la falda con tirantes de cachemir más oscuro; estos tirantes bajan y se unen en el talle volviendo á ensanchar y cayendo en dos bandas anchas sobre el pouf, que forma un ligero cogido interior de la túnica; manga algo estrecha. En la cabeza lazo de terciopelo violeta con caídas largas hácia atras.

Explicacion del grabado núm. 4.

1. Falda de faya azul claro, formando extensa cola; á treinta centímetros del bajo la adorna un triple rizado azul y blanco; segunda falda de faya gris perla, con un ancho volante de lo mismo puesto á pliegues; cuerpo escotado igual, con tirantes de faya azul con encaje blanco; peinado de tirabuzones, al lado izquierdo camelia azul sobre lazo de encaje blanco.

2. Niña de seis á siete años.—

Vestido de faya color de rosa; falda muy corta, con dos volantes por delante formando delantal; túnica escotada por delante y más alta por detras, con manga muy corta; esta túnica está abierta por delante, y adornada todo al rededor con un volante y dos en la manga; es de fular imperial blanco, salpicada de pequeños lunares color de rosa; una ancha cinta ó tira de faya rosa salpicada de lunares blancos va colocada en forma de banda, anudada detras más baja que el talle, y un poco inclinada al lado izquierdo; el cabello suelto, rizado en ondas, y sujeto por delante con dos hilos de perlas; zapato muy escotado, de raso blanco con lazo de cinta moaré color de rosa.

3. Vestido de satén de seda verde claro.—La primera falda es de extensa cola, y va adornada de un ancho volante de faya blanco puesto á pliegues y recortado en grandes ondas; por arriba cabecilla de encaje de hilo; segunda falda de satén, abierta por delante y rodeada de un encaje de hilo, y encima un bias estrecho de satén; tercera falda de faya blanco, con un volante de lo mismo. Esta falda cae por detras casi hasta la primera, cubriendo la segunda, que es muy corta; por detras va recogida por los lados, formando por delante honda cerrada y corta; cuerpo muy escotado, con peto largo y drapería de tul y encaje en el pecho; manga muy corta, con encaje blanco por debajo. En la ca-

beza sprit de pluma blanca sujeto con un lazo verde y encaje; aderezo de oro, perlas y esmeraldas; guante casi blanco con cinco botones.

gas; cuello y manga de encaje Lazo de cinta en el cabello.

Zapatitos de cabritilla negra.

2. Traje de casa.—Falda redonda de cachemir granate, plegada de arriba abajo; túnica formando



Núm. 5.

1

2

Explicacion del grabado núm. 5.

1. Niña de cuatro años.—Vestido de *foulard* azul claro; la falda guarnecida de dos pequeños volantes. Cinturon de tafetan negro, que se ata en el talle con un lazo ancho. Cuerpo redondo con man-

cola de cachemir gris, adornada por abajo con un volantito con cabeilla, cubierta la pegadura con una cinta ó bias de terciopelo granate; una ancha banda de cachemir gris baja de los costados del cinturon de terciopelo granate, y se anuda detras con dos hojas y

largas caídas con pasada ó corbata de terciopelo granate; el cuerpo-chaqueta tiene cuello de terciopelo granate, rodeado de un volantito de cachemir gris; de la punta que forma por detras sale otro volantito, sujeto con cinta estrecha de terciopelo granate, y baja, formando estola, á cubrir una larga aldeta que, abierta por enmedio, forma faldones cuadrados. En la cabeza toquilla de encaje de hilo blanco, anudadas las puntas sobre el cabello, puesto muy alto, y sujeta con una aguja de coral.

LA MUÑECA.

Un caballero muy rico queria hacer un regalo á la hija del rey, que tenía entónces nueve años; pero por mucho que discurria, no acertaba qué cosa podria ofrecer á una princesa que no le pareciese poco para tan elevada niña.

Llegó en esto el día de año nuevo, y ¿qué diréis que le regaló?..... Pues le regaló una muñeca; pero tan hermosa, que hoy la conserva la princesa en su palacio de Alemania como una maravilla.

La muñeca tiene la altura de una niña de ocho años, y su cabeza y manos de cera son de una belleza extremada.

Viste un traje de raso blanco, hecho por la mejor modista de Pa-

rís, guarnecido de encaje de punto de Inglaterra, y sobre los hombros un chal de cachemir de valor de 8.000 rs.

El pañuelo de la mano vale 2.000, y 2.000 el abanico Pompadour, que lleva cerrado en la otra; pero lo que sobre todo cautiva la vista es un precioso collar de perlas que luce al cuello, y que con el medallon que le sirve de candado ha sido tasado en 8.000 duros. Esta magnífica muñeca se llama Semíramis.

MORAL.

AMOR FILIAL.

Despues de Dios, ama, hijo mio á tus padres, que son en la tierra tu Providencia, y condúcete con ellos como quisieras que se condujesen contigo tus hijos.

El hijo desagradecido es la hiedra que se empeña en vivir por sí despreciando todo apoyo, y que no siendo bastante fuerte para sostenerse, cae arrastrándose en el fango y la miseria.

La mejor herencia que un padre puede legar á sus hijos es el ejemplo de sus virtudes.

Todos los ladrones han empezado por ser malos hijos.



EL NIDO.

Deja ese nido, Rosa,
Allí donde se hallaba,
Dijo triste Manolo
A su gentil hermana;
Quitándoles sus hijos,
¡Ay! á los padres matas,
Lo mismo que si ahora
Viniera y nos llevara
Un hombre malo, léjos
De nuestra casa amada ;

Nuestros queridos padres
Tanto es lo que nos aman,
Que al verse sin nosotros,
En su desdicha amarga,
De pena morirían,
¡Oh! mi querida hermana.
La niña llevó al punto
El nido adonde estaba,
Y ya no coge nidos
Por no ser inhumana.

LA MARIPOSA.

—
«Huye, mariposilla,
Huye, ligera,
De esa luz que abrasarte
Quizás espera.

» Huye en seguida
Ó pierdes en su llama
La triste vida.

—
» No intentes, insensata,
Llegarte á ella
Por más que te alucine
Verla tan bella.

» Detente, advierte
Que en su centro te espera
Sólo la muerte.»

—
Así á una mariposa
Diz que decia
Una mosca, advirtiéndole
Su tontería.

Pero ella, necia,
El precioso consejo
Oye y desprecia.

—
Peco á poco á la llama
Se va acercando,
Y sus alas extiende
De vez en cuando,
Y vana y fosca,
Se rie del consejo
De aquella mosca.

Cautiva por el brillo
Que la conmueve,
A abandonar la llama
Ya no se atreve.

La luz la incita,
Y ella misma en el fuego
Se precipita.

—
Siempre justo castigo
Lleva el demente
Que desprecia un consejo
Sabio y prudente.

La mejor ciencia
Es tomar las lecciones
De la experiencia.

LUISA ESCUDERO.

EL NIÑO QUE NO SABE LEER.

—
Pepito es hijo de la pobre Jose-
fina.

Su padre ha muerto hace cuatro
años, y su madre está tan pobre
que no puede enviarle á la es-
cuela.

Muy triste es para él el ver que
otros de su edad leen y escriben
perfectamente.

Comprende que, cuando se se-
pare de su madre, no podrá escri-
birla, ni leer las cartas que ella le
escriba.

Muy desgraciado es el pobre Pe-
pito.



EL NIÑO QUE NO QUIERE APRENDER Á LEER.

Enrique, lo mismo que Pepito, no sabe leer, pero entre los dos hay una gran diferencia.

Si Pepito es ignorante, no es por su culpa, pues su madre no puede enviarle á la escuela; pero Enrique va á clase todos los días.

Pero no va con gusto, y en vez de estudiar prefiere jugar con sus compañeros.

En el colegio es perezoso, charlatan y chismoso, no pone atención á lo que dice el maestro y no aprende nada.

¿Creeis, queridos niños, que podrá ser feliz así?

Os aseguro que no.

Sus maestros tienen que estarle castigando siempre, y cuando vuelve á su casa le riñe su madre, y todos se burlan de él porque no sabe leer ni escribir.

Enrique es verdaderamente desgraciado, pero peor para él si no quiere corregirse de sus defectos.

CUANDO VUELVA TU PAPÁ.

—

Si fuera yo de los vates
Que renombre han de lograr.
¡Qué poema á la inocencia,
Cármén, haría quizás,
Inspirado en los encantos
De tu rostro angelical!

Siempre irradie en él la dicha,
Nunca lo anuble el pesar,
Que es el pesar dolor lento,
Y es la ventura fugaz.

Sin pronunciar una sílaba
Al verte se quedará,
Con tu gracia embelesado,
Cuando vuelva, tu papá.

—

Libre de cuidados graves,
Son, en tu infantil edad,
La casita y las muñecas
Tu diversion principal.

Que te diviertas es justo,
Mas no lo olvides jamas,
Despues de haber estudiado
Obedeciendo á mamá,
Que un sabio precepto dice:
«Obedecer es amar.»

Y ya verás, niña hermosa,
Cuántos juguetes tendrás,
Y cómo á su amor bendice,
Cuando vuelva, tu papá.

La belleza es flor de un día,
La virtud es inmortal;
Si una linda cara vale,
El corazon vale más;
Dotes del alma son perlas
Que eterno brillo le dan;
La modestia es un tesoro,
Abismo la vanidad,
Y las niñas que son buenas
Al cielo derechas van.

Al mirar en tí hermanadas
Virtud, modestia y bondad,
Te abrirá amante los brazos,
Cuando vuelva, tu papá.

—

Dios haga que á su regreso
Le digas, siendo verdad:
«Papá mio, he sido buena,
Sé coser y sé rezar,
Sin rabieta y sin lloros
Doy siempre gusto á mamá,
Dibujo, soy en el piano
Una notabilidad,
De tu vejez seré apoyo,
Te idolatro, ¿quieres más?»

Y ya verás, chiquituela,
Cuántos besos te dará,
De júbilo enajenado,
Cuando vuelva, tu papá.

FRANCISCO DEL VILLAR Y BUSTOS.

EL NIÑO HABLADOR.

Julio es un niño bueno, no tiene mal carácter y es muy dócil.

¿En qué consiste, pues, que siempre le están castigando?

Consiste en que, como muchos otros, Julio es muy hablador en la escuela.

Tiene, como suele decirse, la lengua demasiado larga, y siempre tiene ganas de hablar.

Esto impacienta á sus maestros, á quienes aburre con su eterna charla.

No sólo Julio pierde con su afán de hablar la estimación de sus maestros, sino que se daña á sí mismo y á sus compañeros, con quienes habla, abriendo el pupitre para que no le vean.



Además, cuando habla no se enterará, ni deja enterarse á sus compañeros de lo que dice el maestro.

Ved, hijos míos, cómo no es conveniente el ser hablador.

Espero que Julio y sus compañeros que sean tan habladores como él, aprovecharán lo que acabo de decir y guardarán la lengua para

recitar sus lecciones y para responder á las preguntas que les hagan.

Además, los niños habladores dan sentimientos á los maestros, y yo no creo que haya un niño tan malo que quiera causar un disgusto á su maestro.

EL NIÑO QUE NO ES HABLADOR.

A pesar de que hay muchos niños habladores, hay tambien muchos otros que no lo son.

Eduardo jamas habla cuando está en clase; está demasiado ocupado con su obligacion para acordarse de otra cosa.

Sabe muy bien que el tiempo que se pasa hablando es un tiempo perdido, y que hablando da un disgusto á su maestro, cosa que un buen discípulo debe evitar siempre.

Sin embargo, si alguna vez tiene que decirle algo á algun compañero, pide permiso y siempre se lo conceden.

Así es, que es más querido que Julio, por más que éste sea un chico bueno; pero Eduardo es más instruido, porque aprovecha mejor las lecciones.

Eduardo es aplaudido siempre por las personas que vienen á visitar la escuela, como un niño bien aplicado y que sabe callar cuando es preciso.

Ahí teneis, hijos míos, un buen ejemplo que seguir.

A medida que seais ménos habladores, ya vereis cómo disminuyen los castigos y aumentan las buenas notas.

EL NIÑO OBEDIENTE.

Hé aquí un niño á quien quiero mucho.

Cuando su papá le manda alguna cosa, en seguida la hace.

Su mamá le dice algunas veces: «Vé, Enrique, y tráeme leche, pan y legumbres», y en seguida lo trae sin replicar.

En el colegio, cuando el maestro le dice que estudie, estudia; cuando le dice que no hable, se calla.

Su obediencia hace que todos le quieran.

¡Es tan apreciable un niño obediente!

Haced como Enrique y todos os amarán.

EL NIÑO DESOBEDIENTE.

Juan es el niño más desobediente que he visto. Nadie le quiere, y con razon. ¿Quién ha de querer á un niño desobediente?

Si su padre le dice: «Juan, vé á traer un vaso de agua», responde con mal humor:

—«No tengo tiempo, no quiero ir.»

Y lo mismo hace con todo lo que le mandan.

Esto le vale severas reprensiones, porque su padre quiere que sea obediente, y le castiga para que obedezca.

Pero cuando su papá no está allí, es peor todavía.

¡Si vierais cómo responde á su pobre madre cuando le manda alguna cosa!

Es muy malo, y Dios le castigará.



ORACION PARA TODOS LOS DIAS.

Señor, esta mañana,
Al ver la luz del día,
De nuevo el alma mía
Conoce tu poder.
De nuevo se confirma,
Señor, en que eres Santo;
Ni penas ni quebranto,
Mi Dios, puedo tener;
Si ofrezco á Tí mis obras,
Deseos, pensamientos,
Pesares y contentos,
¿Qué puédeme faltar?
Protégeme, Dios mio,
De ti todo lo espero,
Por eso á Tí me quiero
De nuevo consagrar.

F. ROVIRA AGUILAR.

EL PREMIO.

En un colegio de niñas
Entró un respetable viejo,
Para dar á la más bella
Una sortija por premio.
—Ea, niñas, cada una
Sus gracias vaya exponiendo.....
—Me toca á mí comenzar.
—No, que es á mí.—Yo primero.
—Soy más hermosa que todas,
Por las trenzas de mi pelo.
—No, que soy yo por mis ojos,
Grandes, rasgados y negros.
—Ninguna es cual yo de linda,
Porque una boquita tengo
Como el boton de una rosa.
—La sortija yo me llevo,
Porque tengo un cintura
Estrecha como un buñuelo.
—Yo visto muy elegante.
—Yo tengo el pié muy pequeño.
—Yo los dientes menuditos.
—¿Y tú, María?—No veo
Ninguna hermosura en mí,
Y me callo.—Al decir esto,
Sus mejillas blancas, puras,
De carmin se le tiñeron,
Y al suelo bajó los ojos
De grato rubor cubiertos.
—María, ten la sortija,
Dijo el anciano contento,
Tu modestia y tu pudor
Son los que ganan el premio,
Que no hay belleza que iguale
A este hermoso sentimiento,
Tesoro de la mujer
En el mundo y en el cielo.

G. FERNANDEZ,

MÁXIMAS.

La soberbia conduce al odio y á la miseria.

* *

Los hombres altivos y vanos son como las espigas de trigo: las más altas son las más vanas.

* *

No hay niño feo, siendo bueno y obediente.

* *

Cuando te veas atacado por el mal de la pereza, piensa en las hormigas y las abejas y te avergonzarás.

* *

Si tu madre llora, llora con ella aunque no sepas la causa de sus lágrimas.

ENIGMA.

Me cortan y me lavan,
Yo soy caliente y frio,
Y blanco y tambien rojo
Y á los caballos sirvo,
Y el criminal me mira
Con miedo, que es justísimo.
En todas las industrias
Tengo un papel lucido,
Y me hallas en las casas,
Tambien en los caminos;
Soy buena medicina
Y, con pesar lo digo,
La muerte y el estrago
El hombre quiere ¡inícuo!
Llevar á todas partes
Llevándome consigo.

(La solución en el número inmediato.)

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

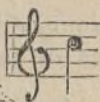
Niña de trece á catorce años.—Vestido de cachemir color bronce, falda lisa un poco corta; polonesa casi tan larga como la primera falda, adornada por abajo con un ruló azul, manga entreancha con vuelta, ruló y botones azules; botones iguales cierran la polonesa desde el cuello hasta abajo; sombrero redondo de fieltro gris, el ala levantada, la copa rodeada de una cinta de terciopelo y otra azul anudada detras y con dos caídas delante, pluma azul echada hacia atras, botitas de cabritilla del color del vestido.

Niño de cuatro á cinco años.—Faldita muy corta de paño fino color violeta oscuro, plegada de arriba abajo, chaquetita cerrada de la misma tela, recortada en ondas y adornada de un estrecho bies de faya negra. Medias encarnadas, botitas del color del vestido, gorrita de terciopelo negro con pluma encarnada.

Niña de seis años.—Vestido de terciopelo azul con dos faldas y esclavina abierta por detras y cuello cuadrado. Sombrero de terciopelo azul.

Niño de cinco años.—Pantalon corto y blusa de paño morado, botas de cabritilla negra, sombrero á la marinera con cinta de terciopelo negro.

GEROGLÍFICO.



YQU



(LA SOLUCION EN EL NÚMERO SIGUIENTE.)

ADVERTENCIA.

Estamos preparando varios obsequios para nuestros suscritores. A las niñas les vamos á regalar un precioso ABECEDARIO PARA BORDAR en cañamazo. Así podrán bordar pañuelos para los papás y hermanitos, y marcar todas las prendas de ropa de la casa. Á los niños les vamos á dar dos famosos CLOWNS, que hacen grandes habilidades. El abecedario se repartirá con el número de Mayo, y con el siguiente los dos gimnastas.

MADRID, 1873.—IMP. DE M. RIVADENEYRA, calle del Duque de Osuna, núm. 3.

DAD.

e un gato.—Mo-
elota.—Leonardo
cias.—Solucion

el fastidio.
atrevidillos,
ndo habeis
n él nada os
hacer.

sotros cons-
ser siempre
r Luisito y
nos, hijos de
s de Lopez.
e, no podia
to en la me-
terminado su
os digo que
el comedor
dio comer ó
zar.

uis, le decia
erida madre,
las sufrir un
emesa?

s el niño lle-
as palabras,
las para el

hube de sen-
hace algunas



mayo, 1875.—Núm. 4.

Ayuntamiento de Madrid



Las da y de LA
T lect vis tien se e rean sob dan turaci V lect esta im teli zue i S no ita



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

Ayuntamiento de Madrid